

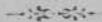
JOSÉ RODAO



MÚSICA DE ORGANILLO

COLECCIÓN DE COPLAS

H. p.



SEGOVIA:

Imprenta del DIARIO DE AVISOS

1956



218 26-11-598

31102

1840 AS



MÚSICA DE ORGANILLO

Sig.: 1840 AS

e Tit.: Música de organillo : colecci

e Aut.: Rodao, José

Cód.: 51039440





MÚSICA DE ORGANILLO

Órgano

1914

R^o 903

JOSÉ RODAO.

MÚSICA DE ORGANILLO

COLECCIÓN DE COPLAS

A MI MADRE

EN SU HONOR

Por José Rodao

Madrid, para piano y órgano

Verde y rojo.—V. 1000

de la colección de coplas

de la colección de coplas

de la colección de coplas

de la colección de coplas

de la colección de coplas

de la colección de coplas

de la colección de coplas

de la colección de coplas

de la colección de coplas

de la colección de coplas



SEGOVIA:

Imprenta del DIARIO DE AVISOS

1906



Á MI MADRE

(EN SU SANTO)

Como es San José bendito
nuestro santo, necesito
decir, para que se sepa,
que al gritar:—¡Viva la Pepa!
me sale del alma el grito.

Que Dios te colme de bienes,
sin disgustos ni belenes,
y te dé, madre querida,
por cada cana que tienes
ocho ó diez años de vida.

¡Que es mucho? ¡Ca, no, señora!
En el que tanto te adora
tal deseo se concibe.

¡Como que contigo vive
mi mejor admiradora!

¡Ay! sin tí, que has elogiado
con afán descompasado
mis insípidas coplillas,
¿quién me dirá que he dejado
á Víctor Hugo en mantillas?

¿Y quién—como yo te oí
en más de alguna ocasión—
podrá asegurar aquí
que hasta el mismo Salomón
fué un percebe para mí?

No habría ni dos autores
que en triunfos me aventajaran,
aún cuando escribiese horrores,
si como tú me juzgaran
cariñosos los lectores.

Pero el público insaciable,
aunque conmigo es amable,
en ocasiones protesta...
¡y si vieras lo que cuesta
el hacerse soportable!

Esto, madre, no es vivir;
estoy condenado á hacer
coplas hasta sucumbir
y descanso de escribir
para ponerme á leer...

En fin, hoy felicitarte
pretendí y al desearte
que se logren tus anhelos,
ahí va un beso de mi parte
y otro de mis pequeñuelos.

Dos he puesto ya en la cuenta

y aunque al mirarlos disfruté,
ya que canté las cuarenta,
pide que no venga el tute
de nietos, pues me revienta.

Que Dios, madre, te bendiga
ya que á mí el deber me obliga
á pasar ratos perversos
¡y no arañes al que diga
que son ramplones mis versos!

Marzo, 1904.





¡VAYA UN PÁJARO!

Ya te oigo, vecinita,
sin que me veas,
porque sólo me ocupo
de mis tareas,
hablar de noche siempre,
con ese joven
que, aun cuando no es un Chueca,
ni es un Beethoven,
te avisa—si á su paso
no estás alerta—
silbándote sonatas
junto á tu puerta.
A las diez, ya se sabe,
frente al tintero

me pongo á escribir coplas
y el... majadero,
sin que olvide una noche
su cantinela,
llega á tu calle y silba
que se las pela.

Al escuchar sus suaves
y dulces trinos
rabiarán las vecinas
y los vecinos
y una noche, furioso,
sobre el cogote
le tiro algún soneto
con estrambote.

Abres tú la ventana;
cierra él el pico
y empieza... lo de siempre:
—¡Paloma!

—¡Rico!

—No sabes, palomita,
lo que yo te amo.
¿Por qué no acudes antes
á mi reclamo?

—Porque silbas de un modo
que me enamora
y deseo que silbes,
hora tras hora,
como los ruseñores
en la enramada...

—Gracias por el piropo,
prenda adorada.
¡Cuándo, echando estos ratos
en el olvido,

podré silbarte amores
en nuestro nido!
—Anda, hermoso lucero,
silba otro poco...
Y él silba y á mí, vamos,
me vuelve loco.
Niña de sonriente
rostro divino,
haz que el zovio no silbe
porque yo trino
y si sigue engolfado,
silbando amores,
como hacen en la fronda
los ruiñores,
un día os leo alguna
copla tan mala
que el ruiñor de fijo
que ahueca el ala.
Despide á ese silbante
bajito y feo,
encogido y delgado
como un fideo
y encárgale que vaya,
pero de prisa,
á recortarse el cuello
de la camisa,
porque le miro cuando
silba sus quejas...
¡y le llegan los cuellos
á las orejas!
¿Y ese pájaro mosca
de tus amores,

dices que canta como
los ruiseñores?
¿Pero cómo te burlas
de ese angelito?
¡Si eso es un asqueroso
pájaro frito!





Á UNA MORCILLA

Para mi pariente, el aplaudido
actor del Teatro de Apolo, Emilio
Carreras.

Colgada en la espaciosa chimenea
de la humilde cocina de una aldea,
te contemplé una noche que, sentado
junto á la lumbre, estaba en mis delicias.
En la calle silbaba el viento helado;
el fuego me envolvía en sus caricias
y yo, en tus redes seductoras preso,
te miraba con plácido embeleso.
¡Qué repleta y qué hermosa te encontraba!
Te adivinaba frita sobre el plato,
mientras á mí llegaba

un olorcillo, penetrante y grato,
que mi buen apetito despertaba,
y al verte, una y cien veces,
y siempre adivinándote sabrosa,
admiraba tus bellas redondeces
y te encontraba hasta gentil y airosa...
En cambio, en mis conquistas juveniles,
me he encontrado chiquillas
presumiendo de airosas y gentiles
¡y eran como morcillas!
Entre todo embutido te prefiero
y habré de confesarte
—¡ya ves, rica morcilla, si te quiero!—
que para mí un actor, si es morcillero,
es la suprema perfección del arte.
Lo mismo que á cualquiera
me gustan las mujeres, más de un poco,
pero ante una muchacha mondonguera
me vuelvo de entusiasmo medio loco
y ya he seguido á alguna, sin descanso,
recogiendo el olor que despedía...
¡Otros hacen el ganso
y sacan mucho menos todavía!
De los mayores yerros
que el hombre en su torpeza ha cometido,
es el llamar morcilla al embutido
que acaba con la vida de los perros.
¡Qué afán de hacer odioso
lo que es en este mundo más hermoso!
Con alegría inmensa
te busco siempre y ante tí me hechizo
y, al cantar tus bondades en la prensa,
que perdone el chorizo,

tu eterno compañero de despensa.
Dicen que á veces picas y se explica
porque hay cebolla en tus ocultos senos;
pero eso ante mis ojos no te achica,
pues también el sol pica
y es el rey de los astros, nada menos.
Baja de esa anchurosa chimenea
y ven á la sartén, porque el aceite
que ha de freirte, humea,
haciéndome soñar con el deleite
con que brinda al hambriento
la vista del manjar más suculento.
Desde esa altura á mis dominios baja
puesto que, á más de lo que en tí se encierra,
tienes otra ventaja
sobre muchos manjares de la tierra.
El plato más sabroso y preferido
que contigo pretenda compararse,
suele siempre dejar al acabarse
el amargor de habérselo comido.
Pero ante tí no abrigo este recelo;
no más, morcilla, mi apetito excites;
ven al aceite, que comerte anhelo,
pues sé que eres muy rica y que *repites*
y que me has de dejar ese consuelo...





POR DOS ACENTOS

Solamente en dos acentos
pequeños y despreciables,
está la causa de todos
nuestros pasados desastres.
Recordando de la Historia
las páginas más brillantes
y los hechos más gloriosos
y las empresas más grandes,
de otros hombres que tenían
más valor y más coraje,
nos hablaban de Sagunto,
de Zaragoza, de Cádiz
y de Bailén... Muchos pueblos,
viendo tan nobles alardes

de valor y de heroísmo:
—¡QUÉ BAILÉN!—decían antes;
mas quitaron los acentos
y ahora nos dicen:—¡QUE BAILEN!





LOS CABALLOS DEL «TÍO VIVO»

Hace reír á cualquiera
al ver la fugaz carrera
de los chicos que, montados
en caballos de madera,
dan vueltas entusiasmados

y, á juzgar por las señales,
ya risueños, ya formales,
van tan alegres allí
creyéndose generales,
ó reyes, ó cosa así.

¡Cruzar soñados confines!
¡Campanillas, colorines
y coches que corren tanto!

¡Todo eso, á los chiquitines
les causa indecible encanto!

Hay muchacho enredador
que marea, llora y grita
por subirse, hecho un señor,
al jaco que se encabrita
ó al caballo corredor.

Y, soñando á su manera,
tras de una infantil quimera,
no comprende el inocente
que el caballo más valiente
es un trozo de madera,

que tosco, feo y pesado,
y entre correas cautivo,
solo corre desbocado...
por el esfuerzo impulsivo
del que maneja el tinglado.

Hay traviesa rapazuela
de carita encantadora,
que su vanidad revela
marchando en su carretela
con aire de gran señora.

Y ya risueña, ya huraña,
sintiendo alegría extraña,
nos mira como diciendo:
—¡Descubrirse! ¡No estáis viendo
que soy la reina de España!

En fin, ¿quién es el mortal
que no busca la sorpresa

de ver, con aire triunfal,
al hijo, hecho un general,
y á la hija, hecha una princesa,

cuando esa satisfacción,
mejor dicho, esa ilusión
que cae por tierra después,
cuesta en cualquier ocasión
dos perros chicos ó tres?

Con recreos tan baratos,
los padres, pobres ó ricos,
pasamos felices ratos
viendo correr á los chicos...
¡sin que destrocen zapatos!

¡Soñad, alegres bebés!
¡A hacer de jinetes, pues
ya empieza á girar la rueda,
y bastante tiempo os queda
de hacer de burros después!





AQUELLOS Y ESTOS

I

En los tiempos odiosos
del pueblo esclavo,
había regidores
como Juan Bravo,
que, abnegados, valientes
y decididos,
defendían á todos
los oprimidos
y rechazando abusos
y tiranías,
arma al brazo luchaban
todos los días,
perdiendo en esas luchas
paz y riquezas

y hallando, como premio
de sus proezas,
el hacha del verdugo
dura, inclemente,
que cortaba sus vidas
tranquilamente...

II

Hoy aquel heroísmo
no dejó huella;
ante las tiranías
nadie resuella
y van los concejales
al consistorio
buscando comisiones,
juergas, jolgorio,
y en vez de exponer vidas,
honor y haciendas,
en hermosas y nobles,
rudas contiendas,
sacan para sus deudos
el mayor *jugo*;
y sin temor de habérselas
con el verdugo,
viven bien muchos de esos
santos varones,
presidiendo corridas
y procesiones...

III

Temo que si comparan
ahora las gentes

los tiempos que pasaron
con los presentes,
alguno, entre mil dudas,
exclame al cabo:
— «¿Y para esto su sangre
vertió Juan Bravo?
Pues aunque sus hazañas
en mucho estimo,
diré que fué un valiente...
¡Valiente... primo!»





TARJETAS POSTALES

En la de Jacinta C...

Eres, chiquilla, un portento
y tienes tanto talento
y derrochas tanta sal
que no cabe lo que siento
en tu tarjeta postal.

Pero si quieres, Jacinta,
que á mis propósitos fiel
no escriba en forma sucinta,
mándame un frasco de tinta
y una resma de papel.

En el de Angelita S...

Como soy casado y feo
y tú eres angelical,

no lleno con un floreo
esta tarjeta postal.

El que te llame hechicera,
no habrá de agradarte á tí.
¡Es como si mi portera
me llama pimpollo á mí!

En la de una exnovia.

De amor rendido á tus pies,
juré no echarte en olvido
y tan lo cumplí después
que hoy continúo rendido...
de cansancio, como ves.

En el de una casi vieja.

¡Catarrosa, vieja y calva
y aun vienes con tarjetitas...!
Mucho rezo y flor de malva
es lo que tú necesitas.

Si haces lo que yo te digo,
se te curará esa tos;
no estarás á mal conmigo
y estarás á bien con Díos.

En la de una niña.

Hace un año, Encarnación,
que tengo, entre un gran montón,
esta tarjeta postal
y aun no he tenido ocasión
de llenarla, bien ó mal.

Hoy ya vencí esa galbana,
porque si aguardo á mañana,

cuando la llene estoy viendo
que habré de empezar diciendo:
«A la respetable anciana».

En la de otra niña.

Tú una niña; yo un papá;
quiero echar flores y... ¡ca!
me entusiasmo y no me explico...
Mira, lo mejor será
que firme y que cierre el pico.

En la de un joven literato.

Me digiste adulador:
«Devuélveme esa tarjeta,
pues tengo en mucho valor
tu firma, como poeta.»

Me pides tan poca cosa
que no me puedo negar.
¿Con que mi firma es valiosa?
¡Pues buen pelo vas á echar!

En la de un estudiante

¿Un desnudo escandaloso?
¿Pero ya no se respeta
la moral, joven vicioso?
¡Dios mío, esto es horroroso!
¡Me quedo con la tarjeta!

—
Esperando los *geniales*
rasgos de mi inspiración,

aun quedan en mi cajón
varias tarjetas postales.

¡Qué costumbres más odiosas!
¡Ay por qué, sin más rodeos,
no impedirán en correos
que circulen estas cosas!

Si al que, dando á los poetas
disgustos y desazones,
despertó esas aficiones
á las malditas tarjetas,

le viera un día, del mal
que nos hace, me vengaba.
¿Que cómo? ¡Le dedicaba
una tarjeta postal!





EN EL PATIO DE CABALLOS

Sudando la gota gorda
entré en el circo taurino
y, mientras iba la gente
ocupando los tendidos,
me fuí al patio de caballos,
es decir, al salón hípico,
—esto es mucho más correcto,
más elegante y más fino —
y me acerqué á un jaco escuálido,
huesoso y de aspecto lívido
que entre sollozos bestiales
y terribles resoplidos,
en vez de pisarme un callo,
ó darme una coz—lo mismo
que hacen con mucha frecuencia

ciertos respetables bípedos—
poniendo los ojos tristes
en tono bajo me dijo:

—¿Qué eres?

—Soy escritor, aunque
me esté muy mal el decirlo.

—¿Y comprenderás mi lengua?

—¡Y tanto! ¡Como que he oído
relinchar á mucha gente
y algo se pega... ¿Qué miro?
¿Estás temblando?

—De miedo
porque mi suerte adivino
y sé que de una cornada,
entre aplausos y silbidos
iré con aquella yegua
que era mi encanto... (Al decirlo
por entre la cabezada
ví resbalar despacito
dos lágrimas que tenían
cada una medio cuartillo.)

—Quizá te salves.

—Lo dudo;
la estopa será conmigo
y entre palos y espolazos
esos monos, ó esos micos,
con la terrible puntilla
me despacharán... No vivo
ni dos horas pero, en cambio,
vuestro proceder indigno
y vuestras bajas pasiones
y sanguinarios ínstintos,
después de muertos nosotros

tendrán el justo castigo.

—¿Qué me dices?

—Lo que escuchas.

Cuantos aquí hemos venido
por viejos ó por inútiles,
estamos tan persuadidos
de que hay quien nos vengue luego,
que fallecemos tranquilos...

—¡Ay, me haces temblar!

—¡Sí, tiembla,

porque hay para ello motivo!

—¿Y cuál es esa venganza,
ese terrible castigo,
que impone al hombre el caballo
muerto en el circo taurino?

—¿Que cuál es? ¿No lo adivinas?

—No.

—Pues eres un borrico.

Y dí á todos los que piden
¡caballos! en los tendidos,
que después de algunos meses
¡nos comerán en chorizos!





RESPUESTA Á UNA «PACOTILLA»

En *El Cantábrico* de
mi maestro don José
Estraña, hace días ví
unos versos en los que
creo que me *alude* á mí:

«Una preciosa joven rubia, ha sido
detenida en Zamora;
y la causa de haberla detenido
la policía ahora
es que, inspirada por el mismo infierno,
huyó la chica del hogar paterno.
No habla nada de amor la croniquilla,
ni de ningún *Tenorio* furibundo...»

¡Se fugó, por lo visto, la chiquilla
sólo para ver mundo!
Prestó la policía zamorana
un servicio que debe ser loao;
porque si va á Segovia esa barbiana...
¡Compromete á Rodao!»

Estrañi: Juzgo preciso
dejar aquí consignado
que ya estoy asegurado
contra todo compromiso.

Y que, por distintas cosas
que aquí no debo exponer,
no hay quien me pueda meter
en empresas amorosas.

Si se hubiera dado el caso
de pisar esa barbiana
esta tierra segoviana,
yo hubiera exclamado:—Paso...

A no ser que, al contemplar
mi estado y mi situación,
la dictara su pasión
algún rapto familiar.

Así, de su amor cautivo,
por ella estaría loco.

¡No iba yo ganando poco
tras un rapto *colectivo*,
con una chica ideal

que mis gastos abonara
y anualmente me comprara
la cédula personal!

¿A qué padre no conviene
tener en toda ocasión,

quien le compre el biberón
y zapatos para el nene?

Así y aunque censurasen
los que hallan el caso raro,
yo no tendría reparo,
Estrañi, en que me raptasen...

No me daría rubor,
aun cuando el hecho desdora.
¿Por qué no han de ser ahora
las fugas *al por mayor*?

Más moralidad refleja,
y con ella se concilia,
la fuga de una familia
que la de cualquier pareja.

Con mis planes no renuncio
á ser rico, y lo seré;
por eso le estimaré
que publique usted este anuncio,
por si al cabo se presenta
ocasión aprovechable:

• *Se ofrece un padre fugable
con toda la impedimenta.* •

3, Abril, 1903.





Á UN DIPUTADO COMO HAY MUCHOS

¡Por fin triunfaste! ¡Ya eres diputado!
Te concedió sus votos el distrito
y ya puedes del acta las dulzuras
gozar á tu capricho.
Triunfaste, al fin, mortal afortunado;
eres dichoso, pero... no te envidio.
Mendigando del voto la limosna,
como el pobre que pide un panecillo,
de pueblo en pueblo, humilde y fatigoso,
recorriste el distrito,
soportando sofiones y desplantes
del elector que, independiente y digno,
no quiere que le pidan esas cosas

y disfruta el capricho
de soltarle dos frescas al imbécil
que busca el acta para darse pisto.
¡Es tan dulce el placer de no pedirle
ni siquiera un cigarro al convecino,
y es tan molesto, y repugnante á veces,
tener que saludar al necio ó pillo
que, encaramado siempre en su soberbia,
contesta á los saludos con gruñidos
que, la verdad, no encuentro los placeres
que, á costa de tan grandes sacrificios,
te proporciona el acta conquistada,
que no ha de hacer ilustre tu apellido!
Después de los disgustos y sofiones,
en propinas y vino
y en conquistar la masa independiente
—que suele aprovecharse de lo lindo,
cuando ve ante sus ojos
á un candidato vanidoso y rico—
sé que has gastado un dineral y..., vamos,
tu candidez admiro,
porque eso pasa de castaño oscuro
y toca en los linderos del ridículo.
Pero, en fin, has *triunfado*, como dices,
y en el Congreso ocuparás un sitio
para ser, por tu falta de talento,
lacayo de un ministro
y eterno maniquí de los caciques
que te obligaron á gastar un pico
y á los que todavía—¡imbécil!—tienes
que estar agradecido,
y escucharles atento y halagarles...
¡y buscarles destinos!

De modo que has gastado tu dinero;
te has impuesto no pocos sacrificios;
pierdes tu independendia; te esclavizas
por servir al vecino
y todavía—¡tórtola inocente!—
al mirar realizado tu capricho,
¿vas á llamarte padre de la patria?
¡Cuando más, serás *primo!*





EL HOMBRE Y EL ÁRBOL

El hombre, en su tierna edad,
con instintos bienhechores,
respeta árboles y flores
y es todo amor y bondad.

Después, destruyendo goza
y adquiere hábitos malditos.
De pequeño *hace pinitos...*
¡y más tarde los destroza!





¡VAYA UN CIGARRITO!

Al ilustre segoviano D. Eleuterio
Delgado, Director de la Tabacalera.

Cariñoso y desprendido,
me había usted prometido
un cigarro de primera,
y el que me ha dado supera,
y con mucho, á lo ofrecido.
¡Qué cigarro! ¡Es un tesoro!
Tiene envoltura dorada
y en su faja, la mirada
encuentra el águila de oro,
¡la marca más codiciada!

En la calle, en pleno día,
el rico puro me dió;
yo ocultarle pretendía
pero, nada, no podía...
¡Casi es más largo que yo!

Y al verme así, de repente,
con tan hermoso tabaco,
reclamé inmediatamente
el auxilio de un agente,
para evitar un atraco.

A mi casa me marché
y á una chica la escuché
decir, con admiración:
—Lo que lleva don José
¿es un puro, ó un bastón?

Mas yo, con paso inseguro,
temiendo que en un apuro
me pusiera el puro, al fin,
marchaba llevando el puro
á modo de balancín.

Algún guasón me decía
—¿Le picarás?— ¡Bueno fuera!
—furioso le respondía.—
Si al picarle *se creciera*
al hierro... le picaría.

Este me le he de fumar,
sin reparar en pelillos...
Los que se van á picar
de envidia, son los pitillos
que yo acostumbro á fumar.

¡Qué cigarro! ¡Es un primor!
Pero su rico sabor
gustar acaso no pueda,

sin que al cigarro preceda
un almuerzo superior.

Tabaco tan excelente
á la digestión ayuda
y en un almuerzo corriente...
¡marea á toda la gente
de mi casa, quién lo duda!

¿Cuándo le enciendo? ¡Qué apuro!
Nada, nada, de seguro
voy á tener que almorzar
por suscripción popular,
si quiero fumarme el puro.

Y no hay exageración,
pues el puro es un montón
de riquísimo tabaco
y ya no temo el *atraco*,
pero temo un *atración*.

Y ahora... hablando un poco en serio:
Mil gracias, don Eleuterio,
por ese obsequio valioso;
por ese cigarro hermoso
que vale casi un imperio.

Me ha hecho usted un gran beneficio,
porque me sostiene el vicio,
mas pronto verá cualquiera
que, en cambio, hace usted un perjuicio
grande á la Tabacalera.

Pues si me llego á fumar
ese cigarro ejemplar,
de longitud tan crecida,
no voy á necesitar
tabaco en toda mi vida.

Lo advierto por su interés,

no sobrevenga después
 una ruina monetaria.
 ¡Qué va á hacer la Arrendataria
 sin mis tres reales al mes!

Agosto, 1904.





AUTOMOVILERÍAS

— ¡Cien kilómetros por hora!
¡Qué humanidad! ¡Qué conquistas!
¡Y cabe tanta grandeza
después en una sportilla!

— Desde un automóvil, uno
me insultó, mas si le agarro...
— ¿Dices que iba en automóvil?
Pues cálmate; estás vengado.

— Gritas y no dices nada;
siempre andas de ceca en Meca.
Eres como el automóvil...
Corre... hace ruido... y no llega.

¡A ver si cruzar logramos
el mundo en muy poco tiempo!
¡A suprimir las distancias!
¡Y á ensanchar los cementerios!

—¡Vas á morir!—era un grito
de venganza, pero ya
nadie le dice eso al prógimo;
ahora se dice:—*Taf, taf...*

—«Me muero por tus pedazos»—
la dijo un *chauffeur* muy bruto;
emprendió á correr y luego,..
no parecieron los suyos...

Volando en un automóvil,
ayer pasó por aquí.
Después me encontré una oreja...
¡*Por eso le conocí!*

—«Identifica el cadáver
de ese *chauffeur*»—me dijeron...
¡Y me entregaron dos dientes
y un mechoncito de pelo!

—¿Escucha usted, padre cura,
el *taf, taf...*?

—Sí que le escucho.
—Pues prepárese usted para
cantar un responso á alguno.

¿Correr tanto? ¡Qué ventura!
¿El automóvil? ¡Qué hermoso!
¡Cruzar en muy pocos días
el mundo... y marcharse al otro!





LA PRIMERA CANA

A poco de levantarme,
frente al espejo á mirarme
me puse la otra mañana
y estuve por suicidarme...
¡Qué horror! ¡Ya tengo una cana!

Fué aquello un escopetazo;
fué decirme que en un plazo
muy breve llegaré á viejo.
¡Qué pena! ¡Y qué puñetazo
le hubiera dado al espejo!

Alegre frente á él llegué,
atusándome el cabello;
en su luna me miré

y, de pronto, me encontré
con la cana y sin resuello,
 porque tal fué la impresión,
la pena y la indignación
que, aunque mi enojo contuve,
cinco minutos estuve
casi sin respiración.

 ¿Quién tal ofensa soporta?
Si á la larga ó á la corta
aquéllo había de verse,
la luna... ¿á qué fué á meterse
en lo que nada la importa?

 —¡Deja de ser calavera!—
el cristal con su reflejo
me decía, á su manera,
y yo, como si tuviera
más azogue que el espejo,
 inquieto me estremecía
y arrancarme pretendía
aquel hilo, cuyo brillo
parece que me decía:

 —¡Tras de mi vendrá el ovillo!
Es verdad, por ahí se empieza
y es mi suerte tan menguada
que iré viendo, con tristeza,
mucha plata en mi cabeza,
pero en mis bolsillos... nada.

 Por si esa cana maldita
me proporciona un desaire
de alguna chica bonita,
ya se muy bien que se quita
echando una cana al aire.

 Más no lo haré porque gano

como escritor pues, no en vano,
con las canas—¡qué caray!—
no seré un Echegaray,
más llegaré á ser un *Cano*.





EL MENTIR DE LOS POETAS

¡Lo que mienten los poetas!
Un duro me valió hacer
cierto día unas cuartetas
y lo supo mi mujer.

Dando expresivas señales
de júbilo, al otro día
la dije:—Toma diez reales,
valor de una poesía.

—Pero ¿no te han dado un duro?
—mi mujer me preguntó—
y, por salir del apuro,
+ contesté aturdido yo:
—Es cierto que me le han dado

pero ch́ica, la verdad,
al cambiarle ha resultado
que era falso... la mitad.

EL MENTIR DE LOS POETAS





CERVANTES, PERDONA

Con motivo del centenario de la publicación del "*Quijote*,) (1)

Escúchame y perdona si, atrevido,
celebrando el glorioso centenario,
lo mismo que otros muchos he venido
á echar mi cuarto á espadas... literario.
Ensalzar tu *Quijote* pretendía
y como reverencio
tu memoria, temblando me decía:
—Para honrarle mejor, mejor sería
ofrecerle el tributo del silencio.

(1) Premiada en varios certámenes literarios... aunque me esté mal el decirlo.

Así para las letras no hay ultraje;
mas, si todos callamos,
¿dónde está el homenaje, ese homenaje
que desde hace año y medio preparamos?
No ha dado más de sí nuestra mollera.
¡Es el patrón de alegres expansiones
al que suele ajustarse España entera,
cuando inaugura alguna carretera,
ó festeja algún triunfo de elecciones!
Pero así goza el público inocente...
Déjale, pues, que chille y alborote
y perdona indulgente
—¡oh autor incomparable del *Quijote!*—
si hoy remuevo con ripios tus cenizas,
haciendo al arte y al idioma trizas.
Otros, quizás, con intención menguada,
honrarán tu memoria
sacando á la colada
todos los trapos sucios de tu historia.
¡El mal no tiene cura,
porque es aquí procedimiento añejo
glorificar al que llegó á la altura...
arrancándole tiras de pellejo!

Yo intentaba elogiarte y no concibo
que en el sonoro idioma castellano,
logre nadie encontrar un adjetivo
digno de tu talento soberano.
¡Cómo elogiar tu libro meritorio!
El intentarlo solo es irrisorio
donde la necia adulación no acaba...
¡Si aquí hasta el adjetivo laudatorio
ha *perdido el sentido* que encerraba!

Hoy se emplea el insigne, el eminente,
el grande, el colosal y el prodigioso
como cosa corriente,
y llamamos insigne y aun famoso,
y aguerrido y valiente,
al necio afeminado que no alcanza
ni á tener el valor de un Sancho Panza.
¿Ilustre? Es un elogio tan gastado
que no es para tu nombre justo premio.
Ilustre se ha llamado
á más de un periodista adocenado;
lo sé de buena tinta. ¡Soy del gremio!
¿Qué te voy á llamar? ¿Esclarecido?
Eso llama la gente á cada instante
á más de algún imbécil que ha sabido
ocultar lo que tiene de ignorante,
mirando á todos con desdén profundo,
hablando poco, simulando ciencia
y opinando ante el mundo
con gestos de suprema displicencia...
No hay elogios bastantes
á marcar de tu gloria los destellos;
pero entre las palabras más brillantes
hay una que condensa todos ellos;
hay una nada más; una: ¡CERVANTES!

De tu libro, esmaltado de primores,
hoy habla todo el mundo enloquecido
y elogian sus tendencias escritores...
que nunca le han leído;
porque esta sociedad—donde germina
lo insustancial de tantas pequeñeces—
nunca sus juicios pesa y examina;

aplaude por contagio muchas veces
y censura otras muchas por rutina.
Por eso no te extrañe si entre el coro
de elogios que tu libro ha merecido,
buscando el oropel en donde hay oro
habla alguno en desdoro
de lo que el mundo admira convencido.
¡Se trata de unos cuantos efectistas!
Es la crítica audaz, de errores llena,
que ejercen esos chicos modernistas
que tienen todo el jugo en la melena.
Tu libro está elogiado
al recordar sus muchas ediciones,
aquí donde han lanzado
á la publicidad doctos varones
hasta libros de texto sorprendentes,
que encontraron después la venta escasa,
pues solo los buscaron diligentes
tres ó cuatro parientes
de esos autores... para andar por casa;
libros que han perecido
en el profundo seno del olvido,
porque ninguna idea difundieron;
que no encerraban nada extraordinario;
que después de real orden se adquirieron
y siguen entre el polvo su calvario;
¡pues de esos hay millares
en muchas bibliotecas populares!
Un acto digno de tu gran figura,
hubiera sido amontonar un día,
en nombre del progreso y la cultura,
los libros con que el arte se extravió
y quemarlos después, para escarmiento

de autores sin cultura y sin talento.
 ¡Y se quiere ofrecerte un homenaje!
 ¡Qué más tributo que las obras esas,
 escarnio del buen gusto y del lenguaje,
 elevándose al aire hechas pavesas!

—

No es fácil que podamos comprenderte,
 ni continuar tus rumbos en el arte.
 ¡Si muchos no sabemos ni aun leerte,
 cómo hemos de imitarte!
 Si hay quien gozoso tu «*Quijote*» aclama,
 de ignorante adquiriendo justa fama,
 porque piensa el muy zote
 que al decir *Don Quijote*, es que se llama
 el autor de tu libro *Don Quijote*.
 Si hay quien, juzgando con vulgar criterio,
 se admira de que gentes ilustradas
 den importancia á un libro que no es serio
 y que hasta hace reir á carcajadas.
 ¡Y es que hay intelectuales
 en esta pobre España decadente,
 que blasonan de serios y formales
 y lo son... como el rucio, únicamente!
 Perdona mi lenguaje rudo y franco
 al hablar de tus páginas brillantes
 pero, en fin, he salido del atranco.
 Ya ves que nada tengo de Cervantes...
 ¡Ni siquiera soy manco!

Mayo de 1905.





EN LA PLAYA

¡Oh mar, tienes la virtud,
aunque tu perfidia engaña,
de devolver la salud
al que en tus ondas se baña.

En tu seno proceloso
siento un placer sin igual,
y eres salado y hermoso.
¡Olé, que viva tu *sal!*

A Lopez, el literato,
le gusta cojer *percebes*
y, es claro, allí entre los suyos
se encuentra divinamente.

¡No comprendo, linda Inés,
cómo tan furiosa estás
porque el mar besó tus piés,
cuando hay quien se atreve á más!

En la playa suelo ver
á veces, entre la gente,
hombres que suelen tener
fama en el mundo de ser
borricos, completamente.

Y esa fama, no envidiada,
la tienen tan bien ganada
que al verles se me figura...
¡que van á dejar marcada
en la arena una herradura!

Muy bien formada pareces,
más como en el mar te meces,
el mar me ha dicho, Enriqueta,
que dejas en la caseta
tus hermosas redondeces.

¡Dios mío, cuánto bañista
tiene clavada la vista
en ese mar azulado
y en la memoria clavado...
lo que pidió al prestamista!

¡Ola, que en la mar serena
á impulso del viento naces
y que, al llegar á la arena
de la playa, te deshaces!

¡Ola, que entre densa bruma

surges, imponente y sola,
 coronándote de espuma...!
 :Hola! ¡hola! ¡hola! ¡hola!

Julio, 1905.





LA PÍCARA PRENSA

Así la gente lo piensa
y de oponerse no hay modo;
¡está visto que de todo
tiene la culpa la prensa!

Si un periódico combate,
tocando varios registros,
los actos de los ministros,
nunca falta un botarate

que, haciendo á la prensa odiosa,
exclame, soltando un terno:
—¡Así nunca habrá Gobierno
que haga labor provechosa!

Y si, en vez de censurar,
al que gobierna elogiamos,

dicen que nos ocupamos
solo de pastelear...

Es de fiera la intención
del que escribiendo hace *pupa*;
el que *bombea* es que chupa
y explota la profesión

y al que pega, poco ó mucho,
y es luchador y valiente,
suelen llamarle indecente
y asqueroso papelucho.

Si con tono doctrinal
arte y ciencia cuidadoso
propaga, es empalagoso;
si satiriza, informal.

Y con todo esto que indico
no hay periódico, señores,
que dé gusto á sus lectores
aun cuando se vuelva *mico*.

Sólo el público favor
podríamos alcanzar,
escribiendo un ejemplar
para cada suscriptor.

Amenidad é interés
el lector así hallaría...
¡y qué contento estaría
por una peseta al mes!

De valor haciendo alarde
—¡No hay prensa!—suelen gritar
los que la van á buscar
y la utilizan más tarde;
pero estriba la cuestión,
si con más calma se piensa,
no en que no tenemos prensa,

sino en que no hay opinión.

Esto da origen al mal,
irremediable y añejo,
que el periódico es reflejo
de nuestro estado social
y si tiene deficiencias,
la opinión no le maldiga,
pues mientras la causa siga,
seguirán sus consecuencias...

¡Y aun hay gente que asegura
que es la prensa un sacerdocio
y el periódico un negocio!
¡Pues poco medró *este cura!*





¡ESOS OJOS...!

Cuando veo tus negros
ojos divinos,
te pones colorada
por lo que digo.
¡Calcula cuánto
rubor no sentirías
por lo que callo!





EN NOVIEMBRE

Al llegar este tiempo no hay poeta,
llorón y quejumbroso
que no empuñe la lira y lance al viento,
con lastimero tono,
frases que hasta conmueven á las piedras
y hacen que se humedezcan nuestros ojos.
¡La tumba fría! ¡En el sepulcro helado!
¡El invierno y la muerte! ¡El triste soplo
del sepulcro... son títulos que vemos
en todos los periódicos,
para helarnos la sangre y aburrirnos
bastante más de lo que estamos todos.
Cesen, poetas, vuestros cantos fúnebres;
el tiempo es triste, sí, lo reconozco;

mas las hojas caídas, que en sus giros
anuncian la llegada del otoño,
también nos dicen que el sabroso fruto
recogimos gozosos;
que el vino se cerró en nuestras bodegas,
(vamos, en las bodegas de los otros);
que hay chuletas de cerdo
y rica longaniza en los ventorros;
que de noche se está junto á la lumbre
muy bien y, sobre todo,
que siempre ha habido inviernos y veranos,
primaveras y otoños.
Deja á los difuntos en sus tumbas,
que también se divierten á su modo,
puesto que, al fin y al cabo, ya sabemos
que son más *calaveras* que nosotros.





A ANICETO MARINAS (1)

Como estoy entusiasmado,
con el triunfo merecido
que últimamente has logrado,
al venir aquí he traído
mi brindis embotellado.

Así salgo del aprieto,
pues de otro modo al brindar
me pongo trémulo, inquieto
y acabo, al fin, por hablar...
como una estatua, Aniceto.

Aunque hay estatuas hermosas

(1) Leída en el banquete celebrado en Madrid, el día 20 de Diciembre de 1903, en honor del insigne escultor segoviano, a ser elegido Académico de Bellas Artes.

expresivas y grandiosas
que harían mejor papel.
¡Son las estátuas famosas
que surgen de tu cincel!

Recuerdo que cuando actuabas
de monaguillo, quitabas
de los altares la cera
y afanoso modelabas
esculturas de primera.

De tu ingenio, fresco y rico,
que hoy admira el mundo entero,
los muchos triunfos me explico.
Hoy no quitas cera, pero
quitas *muchos moños*, chico.

Sigue esa senda, paisano,
y admite en estilo llano,
aunque el elogio te agobia,
este brindis chavacano,
improvisado... en Segovia.

Y aunque hoy no ha de darte brillo
mi elogio torpe y sencillo,
gozando con tu ventura,
viene ante aquel *monaguillo*
á descubrirse *este cura*.

¿Dije cura? Chico, miento,
y pongo á mi pluma coto,
porque sólo me contento
con ser el más fiel *devoto*
de tu envidiable talento.





EL TIRO DE PICHÓN

Como yo siempre he tenido
muy sensible el corazón,
ni un solo día he querido
ir al tiro de pichón.

No gozo las emociones
que disfrutan muchas gentes,
viendo morir á montones
á esas aves inocentes,

á las cuales martirizan
de un modo que causa horror,
sin pensar que simbolizan
la ternura y el candor.

El llanto á mi faz asoma
cuando un pichón cae herido,
porque pienso en la paloma
que quedó triste en el nido
y recuerdo pesaroso,
que ya no oirá con delicia

ese *ru ru* cariñoso,
que suena á dulce caricia.

Inocente y sin temor
se le ve al pichón salir
y, ajeno á todo dolor,
quiere ser libre y subir;
pero turba su alegría
el tirador más experto
y, cuando volar quería,
suena un disparo y cae muerto.

Allí su intento fracasa
y acaban sus ilusiones.
¡A cuántos hombres les pasa
lo mismo que á los pichones!

Que á ese volátil hermoso
se mate, no lo concibo.
No hay otro tan candoroso,
ni otro tan inofensivo.

Por algo, con alegría,
mujeres y hombres se llaman
pichón y *paloma mía*
cuando están solos y se aman.

Nada, el pichón inocente
despierta mi compasión
y mientras cruel la gente
se va al tiro de pichón,

como no puedo aprobar
que así á esos seres se mate,
me marchó á comer un par
de pichones con tomate!





VALIENTES Y MATONES



Para el notable soquetista
Paco Capella.

Al ver Castilla su derecho hollado,
los nobles castellanos combatieron
y con rudo coraje defendieron
al pueblo escarnecido y ultrajado.

Aunque en la lucha por el triunfo ansiado
los rigores del déspota sufrieron,
fué preciso morir y sucumbieron
entre los pliegues del pendón morado.

Ya nadie escucha del deber los gritos
y toman otros rumbos las pasiones,
pues conozco á no pocos señoritos

que, entregados á locas expansiones,
se matan en tugurios y garitos
sólo por otra clase de *pendones*...





Á GENIO DE UN GOLPE

Dice un médico francés,
que hasta el hombre más atún
puede, en cualquier ocasión,
llegar á ser genio, pues
se logra á veces en un
momento de evolución.

Es decir, que si cualquiera
que ahora resulta un zoquete,
ó un imbécil, ó un morral,
se da un golpe en la mollera,
variará en un periquete
su función intelectual.

Dice que la depresión
del cráneo, encender podría
del genio la hermosa luz

y que es una observación
que puede hacer cualquier día
el que se sienta avestruz.

Yo la idea no rechazo
y del médico me explico
la teoría, muy bien,
pero renuncio al porrazo...
¡Seguiré siendo borrico
por siempre jamás, amén!

Del talento, los primores,
me elevarían á altura
grandiosa como escritor
pero, la verdad, señores,
llegar por abolladura
á genio, me causa horror.

Según hombres competentes
eso no es una simpleza
y se puede comprobar.
¡Por algo dicen las gentes
que se *rompe la cabeza*
el que estudia sin cesar!

Mas si á genio ha de ascenderse
rompiéndose á coscorrones
la cabeza, decid, pues:
¿Qué es lo que van á romperse
los respetables varones
que discurren con los piés?





EL PASO DE LOS REYES

I

Era Ramón tan resuelto defensor de la República que, constante en sus ideas, no admitía forma alguna de Gobierno que no fuese esa que á tantos les gusta y que... Sigamos el cuento: Ramón armaba disputas frecuentes con su costilla cuantas veces, que eran muchas, intentaba contrañarle en su amor á la República y el furibundo demócrata

repetía á gritos:--«Nunca
España será dichosa
ni disfrutará ventura,
mientras la gobiernen reyes
que su dicha no procuran.
La República, hijos míos,
esa es la mejor, la única
forma de gobierno; ante ella
brilla la justicia augusta;
la libertad resplandece;
la hipocresía se oculta
y toda nación prospera,
pues no hay como ella ninguna.»

II

Era víspera de Reyes
y, pasada la disputa,
Ramón les dijo á sus hijos
que los Reyes su fortuna
habían gastado en dulces
y juguetes y que en muchas
ventanas y en los balcones
los dejarían, sin duda,
para aquellos niños buenos
que no daban guerra nunca.
A tí te pondrán un sable,
á tí una muñeca rubia,
á tí una caja con dulces,
porque saben que te gustan,
y á tí, dijo al más pequeño,
un garapito. Ninguna

gracia le hizo al tal muchacho
aquel regalo y con mucha
candidez, le dijo al padre:
—Se me ha ocurrido una duda:
¿Usted, papá, no podría
conseguir, ya que le gusta,
que no pasaran los Reyes
y pasara la República?





UN RECURSO

Simón, un impertinente
que quiere echárselas de
orador grandilocuente,
suele, como es muy corriente,
casi siempre hablar de pié.

Pero á la terminación
de su plática pesada
habla sentado Simón
y... es la única conclusión
que suele dejar sentada.





LAS BODAS DE ORO

Se casaron Teodoro y Rosalía,
como se casan los demás mortales,
y transcurrido un día y otro día,
sin que nada turbara su alegría,
cumplieron los cincuenta años cabales
de su feliz unión. Como es corriente
ella y él, con placer extraordinario,
quisieron celebrar alegremente
el día de tan fausto aniversario
y aunque ella era una vieja impertinente
y él era un achacoso octogenario
y aunque los dos, rendidos bajo el peso
de su edad avanzada,
temían cometer cualquier exceso
en su vida arreglada,

el abuelo y la abuela,
entre el alegre y bullicioso coro
de toda su crecida parentela
celebraron, al fin, las bodas de oro.
De la fiesta el programa prepararon
y, no olvidando ni el menor detalle,
para animar la casa hasta se echaron
á buscar un manubrio por la calle.
Llegó el soñado y venturoso día
de celebrar la fecha del casorio
y todo era algazara y alegría
y bullicio y jolgorio...
¡Es decir, el jolgorio y el bullicio
que pueden permitirse dos mortales
al cumplir medio siglo de servicio
en las rudas campañas conyugales!
Comenzó la comida; al primer plato,
el pobre don Facuado
ya tuvo que tomar bicarbonato,
y al llegar al segundo
también su pobre y averiada esposa,
dejando la cuchara de repente,
se sintió tan molesta y tan hiposa
que pidió la magnesia efervescente...
Renunciando al placer de la comida
tomaron té los dos y así lograron,
sin los temores de acabar su vida,
llegar hasta el momento en que sonaron
entre el concurso aquel, medio aburrido,
las notas de un alegre vals corrido.
—¡Que bailen los abuelos!— inclementes
gritaron los amigos y parientes,
y hasta lleno de gozo un pequeñuelo,

al que el alegre vocerío excita,
gritó dando patadas en el suelo:
—«¡Que bailen el *abelo* y la *abelita!*
¡Que bailen la *abelita* y el *abelo!*»
Ya renegando de sus bodas de oro,
á bailar decidióse la pareja,
poniendo fin al insufrible coro,
pero perdió el compás la pobre vieja;
dió un traspies don Teodoro
y viendo castigada su locura
y su vida en un brete,
por un lado rodó una dentadura,
por otro la peluca del vejete
y los dos, fatigosos y rendidos,
rodaron por el suelo doloridos.
Allí acabó el sainete; empezó el drama
y, tristes y vendados,
tuvieron que meterlos en la cama
y llamar al doctor los convidados.
Y conteniendo su angustiada queja,
al contemplar vendado á su marido
burlescamente preguntó la vieja:
—¿Qué me dices, Cupido?
Y al mirar él la facha de su esposa,
asmática y llorosa,
y al verse el pobre viejo hecho un petate,
exclamó con palabra quejumbrosa:
—¡Que á nuestra edad ha sido un disparate!
¿Y estas son bodas de oro? ¡A cualquier cosa
lo llaman las patronas chocolate!





EL «TANCRIDISMO»

Aunque el decirlo dá horror,
es un hecho abrumador
que, en este mundanal ruedo,
cada ser es un *Tancredo*
de los de marca mayor.

¿Que un desastre se avecina?

¿Que todo marcha muy mal?

¡Pues esperemos la ruina
tranquilos, tragando quina
sobre nuestro pedestal!

¿Que el que mandá nos molesta?

¿Que su gestión es funesta
y aguantarle no debemos?

¡Bueno, pues no formulemos
ni la más leve protesta!

¿Que la política gente
 persigue la explotación,
 de todo bicho viviente?
 Sigamos tan... *credamente*
 aguantando el chaparrón!

¿Progresar? ¡Importa un bledo!
 ¿Que luchemos? Nos dá miedo
 pensar que se arme belén...
 ¡Y es que el papel de *Tancredo*,
 nos sienta á todos muy bien!

Y por eso la existencia
 de esta España desdichada
 transcurre entre su indolencia,
 llevándola á la indigencia
 el eterno no hacer nada.

No cabe ni discusión;
 lo que arruina á esta nación,
 que va marchando al abismo,
 no es más que eso: el *tancredismo*,
 que no tiene curación.

En esa dolencia estriba
 que el país feliz no viva,
 pues tenemos el trabajo
 de sufrirla los de abajo,
 los de enmedio y los de arriba.

Don *Tancredo* es un remedo
 del país y por lo mismo
 dejemos á don *Tancredo*
 salir orgulloso al ruedo
 y... ¡que siga el *tancredismo*!

.....

Hablando de esta manera
 con una chica hechicera

un día á mi lado estaba
un muchacho calavera
y al ver como él se insinuaba,
esto á la chica la of:
—Quieto... pues siguiendo así,
á tu lado estar no puedo...
¡Lo que tienes de *Tancredo*
que me lo claven aquí!



AL PAN, PAN...

Panadero y tabernero
es Roque y dice altanero
que no le importa un comino
llamar, ante el mundo entero,
al pan, pan y al vino, vino.

¡Qué ha de importarle al truhán!
Les importará, y no poco,
á los que á su tienda van,
pues ni el pan que vende es pan,
ni el vino es vino tampoco.





¡ME HE LUCIDO!

Al que, tras mucho luchar,
nunca consigue ganar
lo justo para vivir,
le debieran prohibir
en absoluto engordar.

Nada, una ley terminante
que dijera: «En adelante,
que nunca aumente de peso
el que no tenga bastante
para poder ser más grueso,
pues todo el que va aumentando
de estatura, ó engordando,
claro es—y eso le subleva—
que necesita ir gastando
para hacerse ropa nueva».

Cuando, en el año anterior,
me hizo sentir el calor
los tormentos del infierno,
me tuve que hacer un terno
baratito y, con dolor

ahora he podido apreciar,
al tenerle que sacar,
que al engordar me he excedido
ó que el terno se ha encogido,
sin poderlo remediar...

¡Es para volverse loco!
—¿Por qué se habrá ido el invierno!—
grito—y si más me sofoco,
por el terno echo otro terno,
que no me sirve tampoco.

Los pantalones, no es guasa,
tienen la cintura escasa
y se me van á romper...
¡No hay miedo de que en mi casa
se los ponga mi mujer!

Pero ella jura y perjura
que labrarán mi ventura,
aún cuando me hagan sufrir,
porque van á conseguir
meterme más en cintura.

El chaleco, que es de moda,
ya me ciñe y me incomoda
y mi desventura labra...
¡Hoy es un *chaleco* en toda
la extensión de la palabra!

Siempre al ponérmelo yo,
le estiré, pero el muy tuno
nunca su paño alargó,

aunque en los bolsillos no
halló obstáculo ninguno.

La americana, lo mismo;
encerrada en su egoismo
á servirme no se aviene.

¡Es americana y tiene
razones de patriotismo!

¡Dios mío, esto es un horror!

¡Y como arrecie el calor,
otro terno he de encargar!...

¡Anda, si llego á pagar
el del verano anterior!

Junio, 1904.





CARNAVALINA

Como en los años en que tenía
más ilusiones, más alegría,
ya que de cuartos sigo tan mal,
buscando broma, buscando orgía,
iré á los bailes de Carnaval.

Del vals alegre los dulces sonos,
igual que en otras mil ocasiones,
desde los palcos escucharé,
y al ver muchachas, mis aficiones
á hacer conquistas, recordaré.

Como en los años ¡ay! juveniles,
viendo parejas locas, febriles,
cruzar gritando por el salón,
cual un muchaho de veinte abriles,
volaré en alas de la ilusión.

Igual que entonces, oiré bromitas
de disfrazadas que, muy bonitas
por su presencia, parecen ser,
y al descubrirse son las malditas
más horrorosas que Lucifer.

Como otras veces, viendo á una bella
que por su airoso porte descuella,
diré:—¡Se ha vuelto loca por mí!
Y al acercarme después á ella,
la oiré que dice:—¡Vaya un *girl*!

Iré soñando con cien conquistas,
con cocineras y con modistas,
que han de escucharme con interés,
si no las dicen:—¡Andad muy listas,
que tiene en casa ya dos bebés!

Entre sonrisas halagadoras
y entre *confetti*, dos ó tres horas
pasaré viendo la animación,
con cantineras y cazadoras...
que algunas piden un pantalón.

Entre la lluvia de serpentinas,
de mariposas, carnavaquinas
y de plumeros, de formas mil,
echaré flores á las divinas
chicas de breve talle gentil.

Y como siempre, tras del estruendo
de aquella danza, de aquel tremendo
trajín de locos, me iré á cenar
y allí charlando y allí bebiendo,
gratas las horas he de pasar.

Pero ¡ay! yo mismo necio me engaño,
pues luego ocurre... que me hacen daño
la cena, el baile y el no dormir

y fatigoso, triste y huraño,
no hay quien me pueda después sufrir.

Y, es claro, luego la compañera
de mi existencia, bufa y se altera;
magnesia y tila me dá á tomar
y, con sonrisa que me exaspera,
más de dos veces suele exclamar:

—Todo eso que haces es irrisorio,
pues aunque no eres un vejestorio
ya desafinas, conquistador...
¡No te disfraces más de *Tenorio*
cuando vas siendo *Comendador!*

Febrero, 1905.





NO PUEDE SER

Ernesto, que es medio loco,
un mal libro ha publicado
y asegura que, hace poco,
de texto le han declarado.

Y yo, que conozco á Ernesto,
digo que no es muy probable
que pueda servir *de texto*,
un libro que es *detestable*.





¡SI SERÁ BUENA!

Conozco una señora respetable,
tan sencilla y amable,
de tan nobles y hermosos sentimientos,
que la he visto sufrir rudos tormentos
si cualquiera maltrata, sin conciencia,
á cualquier animal en su presencia.
Juzga esos daños como atroz delito
y disfruta un placer extraordinario,
cuando le dá bizcochos al canario
ó acaricia al perrito.
Cuidando al gato cariñosa, pasa
un delicioso rato,
por que para ella el gato
es el niño mimado de la casa,
y al saber sus costumbres excelentes

y hermosas cualidades
—propias de una mujer caritativa—
con frecuencia las gentes,
elogian las virtudes y bondades
de esa buena señora compasiva.
Ayer, á la criada
el gato la llevó no sé qué cosa
y la mujer, furiosa,
sin darle de comer ni beber nada,
encerró al animal incomodada.
Lo supo la señora, con gran pena,
y, como no hacer bien la martiriza,
quiso librar al gato de un mal rato
y de bondad y de ternura llena...
¡la pegó á la criada una paliza
y dejó libre al gato!
¡Y ahora digan ustedes que no es buena!





TAURINAS

Tiró á un matador de bruces
el toro en dos ocasiones
y quedó el traje de luces
del espada, hecho jirones.

Y excitando su coraje,
un chusco, desde una grada,
le dijo:—Pero ese traje
no es de luces, ni de nada.

Y al escucharle exclamó
una joven:—¡Por San Blas!
¿Que no es de luces? Pues no
se puede con él *ver más*.

Miente, roba y ofende,
jura y blasfema

el matador de toros
 Juan, *El maleta*.
 Sólo practica
 el quinto mandamiento...
 ¡cuando hay corrida!

—
 ¿Que ayer no fuiste á los toros?
 Chica, la verdad, lo dudo.
 Yo me encontré en el tendido
 una liga y casi juro...

—
 Siempre que mata Fernando,
 al toro, con suerte escasa,
 le está media hora pasando
 y aún el público, gritando,
 suele decir que no pasa.

—
 De los malos picadores
 es Miguel y así se explica
 que se oigan, siempre que él pica,
 silbidos atronadores.

Como le insulta la gente,
 —¡Bruto!, el ganadero chilla.
 —¡Bruto!, dice la cuadrilla.
 —¡Bruto!, exclama el presidente.
 —¡Bruto!, se oye aquí y allá,
 en los palcos y tendidos
 y esa voz en los oídos
 ha sonado tanto ya,
 que hace dos días, con él
 estuve hablando un minuto
 y dije al irme: — ¡Adiós, bruto!,
 por decirle: — ¡Adiós, Miguel!

Siempre que pica *El Porrazos*,
escucha elogios de todos,
pues le ponen por las nubes
los públicos y los toros.

Cuantas veces va á poner
banderillas *El Ortiga*,
no hay médico que no diga:
—¡Ya me ha caído que hacer!

Insultó el público á coro
á un espada desgarbado
y fué el pobre encarcelado
porque pasó mal á un toro.

Y encerrado el matador
llora su suerte fatal,
pues si antes lo pasó mal,
ahora lo pasa peor.

Loco, delirante, chilla
el pueblo que el circo llena
y aparece la cuadrilla
sobre la candente arena

Al mirar su airado porte
se oyen aplausos nutridos
y, como si algún resorte
elevara los tendidos,
se levanta de repente
la apiñada muchedumbre
que, con entusiasmo ardiente,
soporta del sol la lumbre.

En el despejo hay color,
animación sin igual

y es, sin duda, lo mejor
de la fiesta nacional.

No se como hay quien protesta
de este espectáculo añejo...
¡Decir que es brutal la fiesta
y es la que tiene *despejo!*





MI PROGRAMA

Como me propongo ser
candidato á concejal,
cumpliendo con un deber
les diré cual ha de ser
mi gestión municipal.

A ser edil decidido,
conseguir el triunfo espero.
Nadie apoyo me ha ofrecido
ni me obliga mi partido;
¡me presento porque quiero!

Ya descubierto mi afán;
por si al fin llego á ir allí
donde otros dichosos van,
les voy á explicar mi plan
provechoso... para mí.

Más ó menos acertado,
mi programa he formulado
y ahí va completo, señores...
¡No dirán los electores
después, que les engañado!

Mis propósitos son buenos;
no quiero, ni más ni menos,
que á cualquier hora del día
me saluden los serenos
y agentes de policía;
que al pasar, frecuentemente,
por algún fielato me
digan siempre atentamente
los guardas, si voy con gente:
—«No hay novedad, don José.»

Quiero también presidir
dos corridas; asistir
á alguna que otra sesión
y dos veces al mes ir
á la Corte en comisión.

Quiero en varias ocasiones
presidir las procesiones,
asombrando á los chiquillos,
y beber en las sesiones
agua con azucarillos.

También deseo—y no es guasa,
pues muchos lo deseamos—
lucir mi elocuencia escasa
y que el Domingo de Ramos,
me lleven la palma á casa.

Me compraré una chistera;
he de tener muchos humos;
pondré á mi puerta una acera

y colocaré en consumos
á un primo de mi lechera.

Cuando dé el Ayuntamiento
bonos, yo me llevaré
á mi casa más de ciento;
siempre en el coche tendré
para lucirme un asiento
y, si la ocasión asoma,
echaré alguna soflama
estropeando el idioma.
Este será mi programa,
sin quitar punto ni coma.

De hermosas ideas llenos,
otros expondrán quizás
proyectos grandes y buenos
y acaso esos digan menos
y hagan luego mucho más.

Conmigo no hay desencantos,
como los habrá con tantos
que acuden á otros registros...
¡Con este programa cuantos
habrán llegado á ministros!






¡NO MÁS CHATOS!

¡Lo que adelantan las ciencias!
En Madrid hay un insigne
doctor que con un masaje
—según la prensa nos dice—
é inyectando cierto líquido,
en pocos días consigue,
al hombre más chato ó romo,
arreglarle las narices.
Algunos que las tenían
de formas inverosímiles,
hoy lucen rostros hermosos
y encantadores perfiles
y hasta un joven—que tenía
la nariz como un boliche
y era el espanto de todas

las mujeres—ahora vive
cautivando corazones...
¡y ni una se le resiste!
Sacar la punta á estas cosas,
la verdad, es imposible
porque ya el doctor se encarga
de sacarla en las narices
que tiran á cebolleta,
aunque parezca increíble.
Yo, sin saber de masajes
como ese doctor insigne,
me ofrezco á dotar al chato
más chato de los que existen,
de una nariz primorosa,
pues la cosa no es difícil.
Que venga el chato que quiera
tal defecto corregirse...
¡y verá como le dejo
con *un palmo de narices!*





EN LOS BAÑOS DE BABIA

EL VIAJE

Aquí estoy porque he venido
y me divierto á mi modo,
bañándome como todo
literato distinguido,
pues ya me daba rubor
estarme sin viajar,
cuando el no veranear
no viste en un escritor.

Llegué en tren á Villamiento,
estación cercana; allí
me bajé y vine hasta aquí
montado sobre un jumento
cojo, cansado y trotón

que, dando cien tropezones,
me expuso en dos ocasiones
á romperme el esternón.

En una de ellas caí,
pero la causa se explica:
¡es que pasó una borrica...
y yo no me apercibí!

Ví muchas cosas que no
espero verlas tan bellas
y también ví... ¡las estrellas
cuando el burro me tiró!

¡Qué paisaje más divino!
¡Qué hermosos alrededores!
¡Y cuánto polvo, señores,
tragué durante el camino!

Llegué, al fin, con muchas ganas
de comer y de bañarme.
¡Pero hoy no puedo sentarme
por *mor* de unas almorranas!

¡Todo por el burro cojo!
Aunque con gusto confieso
que no es nada lo del... ¡eso
que me causa tanto enojo!

EL BALNEARIO

Entre rocas y cerros, medio escondido,
y casi casi á orillas del mar rugiente,
se levanta el balneario donde he venido
á pasar unos días tranquilamente.

Al local en lo fresco nada le iguala
y aunque no hay dormitorio, nadie se altera,

pues las señoras duermen en una sala
y los hombres dormimos en la escalera.

¡Qué comedor tenemos! ¡Si es un portento!
Y aunque en él no cabemos los que aquí estamos,
porque hay sólo una mesa con un asiento,
estableciendo turnos nos arreglamos.

Tiene la casa cuatro grandes balcones;
dos de ellos dan á un patio y— ¡es una broma! —
pero en cambio los otros dan... desazones
porque nadie ve nada cuando se asoma.

Aunque el calor arrecia no lo notamos
y para que en la cara no nos ofenda
con *La Correspondencia* nos aireamos,
porque no hay abanicos, ni quien los venda.

El trato sí que es bueno; bueno y barato,
por eso aquí la vida se hace tan grata.
¡Vamos, que todo el que hable mal de este trato,
de seguro no sabe de lo que trata!

Cuando cenó me pongo medio beodo
y olvido las molestias de mi viaje,
pues la comida y vinos lo valen todo.
(Nota.—A mí no me cobran el pupillaje.)

LOS HUÉSPEDES

En fin, se pasa la vida
tan alegre y divertida,
que bendigo mi fortuna,
pues me he encontrado con una
colonia muy distinguida.

Aquí hay un Barón y tres
hijas de un Embajador



Á MR. LOUBET

EN SU VISITA Á SEGOVIA

Perdona, ilustre anciano, mi llaneza
hoy que, audaz y rípioso incorregible,
llego hasta tí quitándome el flexible
sombbrero con que cubro mi cabeza.

No achaques á desvío, ni á torpeza,
la quietud de este pueblo que, impasible,
sucumbe resignado en el terrible
ambiente de su ruina y su pobreza.

Pisas la noble tierra de Juan Bravo,
hoy que festeja á su patrón y España
ha tomado á Segovia por modelo.

Somos el pueblo del sabroso pavo,
de la indigesta y popular castaña
y del grasiento y clásico buñuelo.

25 de Octubre de 1905.





¡LA IGUALDAD ANTE TODO!

Vivían ocho ó diez pollos
inmediatos á un granero
y, como el dueño era pobre,
estaban flacos y hambrientos.
Un día, yo no sé cómo,
por un oculto agujero
de una puerta, cuatro pollos
al granero se metieron
y desde entonces seguían
penetrando allí y comiendo,
sin que los demás supieran
donde estaba el agujero.
De los pollos que no entraron,
porque el ardid no supieron,
uno, gritando, decía:

—No es posible compañeros
sufrir que esos ambiciosos
vivan felices comiendo,
mientras nosotros no hallamos
ni un grano en el gallinero.
Los otros pollos callaban
y quedándose en los huesos,
mientras los unos comían
ellos se estaban muriendo.

—¡Nada— repetía el pollo
anarquista vocinglero—
ó entramos todos ó salen
enseguida los que hay dentro.
Así se explicaba el pollo
y sus pobres compañeros
le aplaudían porque, es claro,
defendía sus derechos,
y como él entrar lograrse,
también entrarían ellos...

.....
Hoy está el pollo callado
y vive alegre y contento
y aunque los que estaban fuera
de hambre siguen pereciendo,
él no chilla ni alborota
y se encuentra satisfecho
¡porque ya le han enseñado,
por donde se entra al granero!





LA CUADRATURA DEL CÍRCULO

Juan, que es bruto de verdad,
trabaja con seriedad
buscando esa cuadratura,
pero á mí se me figura
que se queda en la mitad.





LOS GRANDES INVENTOS

Tras muchos años de afanoso estudio,
un químico de fama
descubrió una sustancia, de una fuerza
terrible que, lanzada
con ímpetu al espacio, destruía
cuanto á su paso hallaba,
recorriendo invisible en un segundo
las más grandes distancias,
sin causar ningún daño al que supiera
con tino manejarla.
Encontró el inventor valioso apoyo,
¡aún viviendo en España!,
y un día, al cabo, se ensayó el invento
y, como se esperaba,

quedaron destruídos, al impulso
de aquella fuerza mágica,
en un decir amén, hombres, ciudades,
palacios y cabañas
y en veinte ó treinta leguas, nada menos,
no quedó ni una rata.
¡Estaba demostrado! Aquel prodigio
de la inventiva humana;
aquel triunfo brutal—y que perdone
el autor la palabra—
era el más evidente testimonio
de lo que el hombre avanza
en el camino del progreso. El sabio
consolidó su fama;
su poder era inmenso ¿Qué atrevido
se opondría á su marcha?
¿Quién iba á contrariarle en sus deseos,
ni á molestarle en nada?
Gozando las dulzuras de su triunfo
y escuchando alabanzas,
volvió rendido á su taller el sabio
y—¡oh pequeñez humana!—
no le dejó dormir aquella noche
una pulga en la cama...



EL DISFRAZ DE LA CUARESMA

Quejábase amargamente
el Carnaval cierto día,
porque durante él la gente
más buena se pervertía
y, siguiendo un derrotero
de vicio y de corrupción,
marchaba por el sendero
fatal de la perdición.

—«¡Oh, Dios, hago un desatino—
exclamaba el Carnaval!—
si no cambias mi destino
y mi condición fatal.

Tengo rasgos de locura;
me rechaza la virtud
y causo la desventura



1011 SEGUIDILLA 1011

* Oyó un sordo que un mudo
le llamó pillo,
y al ver que se pegaban,
para impedirlo,
corría un cojo.
Así lo contó un ciego
que lo vió todo.





¡QUÉ MÁS PREMIO!

Para el niño Paquito C. Ramón.

Un chiquillo, que encerraba
en una jaula un jilguero
y al balcón le colocaba,
alguna vez se olvidaba
de llenarle el comedero.

Pero un verderón, amigo
del pajarillo enjaulado
y de sus penas testigo,
llevaba al encarcelado
alpiste y granos de trigo.

Cierta mañana un gorrión,
que estaba frente al balcón,

en un árbol de un jardín,
envidioso, -al verderón
así le dijo:—¡Ah, pillín!

¿Llevas á ese provisiones
para ver si se conmueve
y, premiando tus acciones,
te echa al suelo cañamones
cuando le cubra la nieve?

—Ca, no es eso, compañero;—
dijo el verderón—no quiero,
por este modo de obrar,
más que verte á tí rabiár,
mientras disfruta el jilguero.

Digo lo que el pajarillo:
No hay premio como el sencillo
placer que uno se conquista,
haciendo bien á un chiquillo...
¡y rabiár á un egoista!





LA ORIGINALIDAD

... Ya tanta quiere tener
el periodista Juan Peña,
siempre que escribe, que ayer
se puso el borrico á hacer
de una boda la reseña
y por decir, al hablar
de la nueva desposada,
que iba con la flor de azahar,
escribió sin vacilar,
que la novia iba *azarada*.





¿VIEJO ECHEGARAY?

(Con motivo del homenaje celebrado en honor del ilustre dramaturgo,
el día 19 de Marzo de 1905).

Unos pocos intentaban,
con mal oculto coraje,
anular el homenaje
que muchos le preparaban
y es que, envidiosos, pensaban
los que no logran tener
ingenio para vencer
y valor para luchar,
que es difícil imitar...
¡y muy cómodo *morder!*

Nunca es viejo un setentón,
si está entre los vencedores;

no es viejo el que hace primores
y es gloria de una nación;
quien en más de una ocasión
logró, sereno y con calma,
del triunfo ansiado la palma,
no es viejo... ¡Más es la gente
que lleva tersa la frente
y con arrugas el alma!

Ni las canas, ni la edad,
si el cerebro piensa y crea
y da calor á la idea,
son signos de ancianidad;
más caducos, en verdad,
son los *niños* que, después
de *tomarlas* del francés,
estrenan, oyendo gritas,
obras con los pies escritas...
¡que se *aplauden* con los pies!

Es más viejo y más gastado
quien, del arte con perjuicio,
pone su pluma al servicio
de un gusto degenerado;
el autor amanerado
que, en los teatros por horas,
sin ideas creadoras
es sostén, y es alma y vida,
de la escena envilecida
con chulos y vengadoras.

Honremos con altivez
al que está en primera fila

¡Si la juventud vacila,
no ha de triunfar la vejez!
Rindamos culto esta vez
al viejo que lucha y crea,
aunque el homenaje sea
prueba de que no aventaja,
á la vejez que trabaja,
la juventud que *chochea*.





¡LO QUE ES EL PROGRESO!

Yo no sé quién ha inventado,
en no sé qué población,
que de la piel del salmón
se hace un hermoso calzado.

Que es grande el descubrimiento
nadie lo ha de discutir,
pues se pueden conseguir
con él ventajas sin cuento.

Y si la gazusa aprieta,
no extrañaría jamás,
que alguien se comiera las
botas á la vinagreta.





EN VIERNES SANTO

Estoy de alegría lleno
por una cosa sencilla:
porque vivimos en pleno
reinado de la mantilla,

 y no hay con qué compararla,
porque no tiene rivales...
¡y hasta debieran llevarla
los guardias municipales!

 Es una prenda española
que causa envidia al sombrero
y recuerda á la manola
que, derramando salero,

 al mirarla gente extraña,
con entusiasmo profundo
exclamaba:—¡Esa es España!
¡Boca abajo todo el mundo!

Rostros lo mismo que soles,
por esas calles he visto
con mantilla y, ¡caracoles!,
loco de entusiasmo insisto
 en que la mantilla airosa,
que embelesado nos deja,
sienta bien á la que es sosa,
y á la que es chata, ó es vieja
 y otra sería la suerte
de este país si, llegara
á adornarse el sexo fuerte
con la mantilla la cara,
 porque no harían mal paso
ni los hombres más serios,
si entre blondas y entre raso
ocultaban sus bigotes.

Yo con mantilla vería
realizados mis ensueños
y qué bien la llevaría...
á alguna casa de empeños.

Ayer, después de comer
bacalao una semana:
—También—dijo mi mujer—
pienso ponerlo mañana
 y como no puedes verlo
ni en pintura, tú dirás
como, al fin, he de ponerlo
para que te agrade más.

Y contesté á mi costilla:
cuando la pregunta oí:
—¡Ay, pómelo con mantilla!
¡Como no me guste así!



LOS INCONVENIENTES

Retozona y alegre
triscaba una ternera,
después de disfrutar á su capricho
del verde prado la jugosa yerba.

—¡Soy dichosa!—á la madre
la dijo satisfecha—
y contestó la vaca:—¡Más serías
si á nadie le gustasen las chuletas!





LA MADRE TIERRA

«La abundante cosecha de este
año ha superado las esperanzas
de todos...»

(Los periódicos de estos días.)

Hoy que esta nación encierra
desastres, penas y lutos,
viene á compensar la tierra,
con sus abundantes frutos,
las desdichas de la guerra.

Al cielo auxilio imploró
España, vertiendo llanto,
pero el cielo no la oyó
y el mar nos arrebató
lo que guardábamos tanto.

Y cuando la angustia crece
y casi todo perece,
porque remedios no llegan,
lo que cielo y mar nos niegan
el terruño nos lo ofrece.

La tierra va á compensar
lo que no se halló en el mar,
después de ruda campaña.
¡Vaya una lección, si España
la supiera aprovechar!

A ver si al cabo despierta
y á labrar su dicha acierta,
libre de todo re-abio.
¡Cultivemos nuestra huerta,
como dijo cierto sabio!

—¡Tierra! ¡Tierra!—hay que exclamation—
tú sola puedes salvar
á esta nación que suspira.
—¡Tierra!—*repita la lira
con indómito cantar.*

Si á ella van nuestros afanes,
cambiarán los nuevos planes
esta situación tan crítica,
y de la tropa política
saldrán muy buenos gañanes.

No temo que les ofenda
el cambio de ocupaciones,
al seguir la nueva senda.
¡Si destriparon la Hacienda,
no han de destripar terrones!

Abono habrá, por ventura,
pues aunque España se apura
porque su desdicha es tanta,

¡donde ellos pongan la planta
cómo ha de faltar basura!

Basta de lances de guerra
y en el valle y en la sierra
todos á coro gritemos:
—Dadnos tierra, tierra, tierra,
que ya la cultivaremos.

España será un edén
y terminará este infierno
si, tras de tanto belén,
acude el pueblo al Gobierno
y *le da tierra* también.

Septiembre, 1904.





¡AY, CUÁNTOS...!

Le rinden adulación,
sólo porque ve la gente
que va á cobrar su cupón
al Banco, trimestralmente.

Yo le detesto, soy franco,
porpue me parece un pillo.
¡Ay, cuántos que van al Banco,
debieran ir al *banquillo!*





MI NUEVA RAPAZA

Les voy á hablar de mi nena,
—Bueno y á mí ¿qué?— dirá
el lector—y esto me apena,
pero no desisto ya

porque, sin ponerme moños,
siento un placer inocente
al hablar de mis retoños
á todo bicho viviente.

Dirán que es mi tema eterno,
pero tengo mis razones.
¡Más hablamos del Gobierno
y cobra contribuciones!

Qué extraño es, pues, que yo escriba,
en forma seria y guasona,
de aquello que me cautiva,

me interesa y me ilusiona.

Sé que dirá algún mortal,
censurando lo que escribo,
que yo soy muy personal
y en extremo subjetivo.

Sin ver, quien discurra así,
que no me comprende bien,
pues lo que digo de mí
se aplica á muchos también.

Y resulta, en conclusión,
que cuando, burlonamente,
me llamo necio, ó melón,
se lo llamo á mucha gente.

Así el enojo no estalla,
ni nadie grita jamás,
porque yo soy la pantalla
conque cubro á los demás.

Y ahora... hablemos de la nena,
que es lo que pretendía,
ya que este suceso llena
mi corazón de alegría.

Tengo una nueva rapaza
y al momento quise ver
si me traía la hogaza
que traen otras al nacer.

Esperaba esa sorpresa
en aquel instante pero...
¡solo me encontré en la mesa
la cuenta del panadero!

No vi colmado mi afán
pero ¡ay!, en cambio, advertí
que traía, en vez de pan,
una gazuza... ¡hasta allí!

¡Y aunque parezca mentira,
se pasan más apurillos
para calmar con la lira
el hambre de los chiquillos!

En fin, la lucha me espera
á no ser que en Rusia, ó Francia,
haya algún duque que quiera
una novia... en la lactancia.

Si hay alguno y le acomoda
la nena, no me horrorizo
si empieza á pagar la boda
y luego paga el bautizo.

Cumplida la obligación
que como padre tenía,
de hacer la presentación
de una dama que está en cría,

ofrezco á ustedes ahora,
al dar la última plumada,
á esa nueva servidora...
¡que no sirve para nada!

Para comer y vivir,
es preciso trabajar...
¡Pepe, salud y... á escribir!
¡Chica, salud y... á mamar!

Abril, 1904.





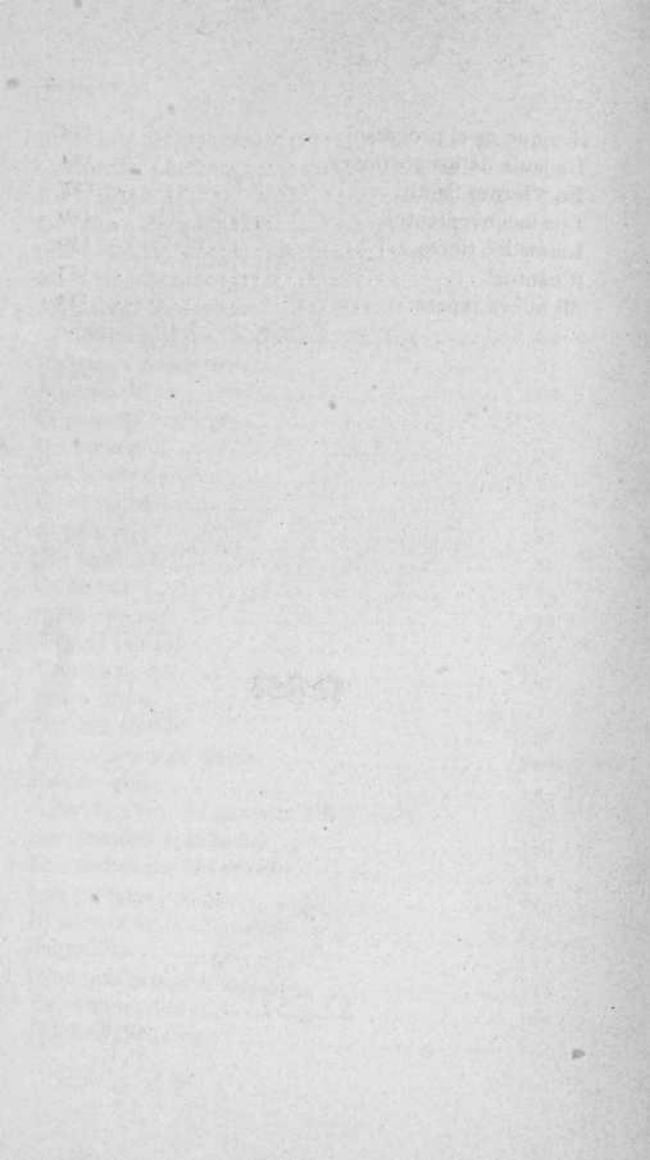
ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
A mi madre (en su santo).....	5
¡Vaya un pájaro!.....	8
Á una morcilla.....	12
Por dos acentos.....	15
Los caballos del «Tío Vivo».....	17
Aquellos y estos.....	20
Tarjetas postales.....	23
En el patio de caballos.....	27
Respuesta á una «Pacotilla».....	30
Á un diputado como hay muchos.....	33
El hombre y el árbol.....	36
¡Vaya un cigarrito!.....	37
Automovilerías.....	41
La primera cana.....	44

El mentir de los poetas.....	47
Cervantes, perdona.....	49
En la playa.....	54
La pícara Prensa.....	57
¡Esos ojos...!.....	60
En Noviembre.....	61
Á Aniceto Marinas.....	63
El tiro de pichón.....	65
Valientes y matones.....	67
Á genio de un golpe.....	69
El paso de los reyes.....	71
Un recurso.....	74
Las bodas de oro.....	75
El «Tancredismo».....	78
Al pan, pan.....	81
¡Me he lucido!.....	82
Carnavalina.....	85
No puede ser.....	88
¡Si será buena!.....	89
Taurinas.....	91
Mi programa.....	95
¡No más chatos!.....	98
En los baños de Babia.....	100
Cuento viejo.....	104
Á Mr. Loubet, en su visita á Segovia.....	105
¡La igualdad ante todo!.....	109
La cuadratura del círculo.....	111
Los grandes inventos.....	112
El disfraz de la Cuaresma.....	114
Seguidilla.....	117
¡Qué más premio!.....	118
La originalidad.....	120
«Viejo Echegaray?».....	121

¡Lo que es el progreso!.....	124
La jaula de los gorriones.....	124
En Viernes Santo.....	127
Los inconvenientes.....	129
La madre tierra.....	130
¡Cuántos!.....	133
Mi nueva rapaza.....	134





OBRAS DEL MISMO AUTOR

LA CRUZ DE NÁCAR.—Poema (Agotada.)

RETAZOS.—(Agotada.)

SOSPECHAS, cuadro conyugal.—(Agotada.)

LA PRIMERA DECLARACIÓN.—Monólogo.

LOS TÍMIDOS, juguete cómico, estrenado en el Teatro de Lara.—(En colaboración.)

AL PIÉ DE LA CUNA.—Monólogo.—(Agotada)

ÁLBUM INFANTIL, versos para los niños.—Declarado de texto.

NOCHE Y DÍA.—(En colaboración.)

POLVO Y PAJA.—Versos festivos.—(Agotada.)

CONTRASTES.—(Biblioteca Bilbaina.)

CAZANDO BAJO CERO.—(id.)

EL NIÑO DESCALZO.—(Monólogo.)

EN PREPARACIÓN

PUES, SEÑOR...—Colección de artículos festivos.

FABULILLAS EN VERSO.



